

Libertad primera y última



Pedro Martín González

Mientras le observaba, echaba mis cuentas, llegando a la conclusión de que aquel extraordinario maestro de Budô hacía más de veinte años que había tomado una decisión que cambiaría su vida: dejar de estudiar con quien fuera su principal instructor.

Veinte años –pensaba yo- era tiempo más que suficiente para enfrentar un proceso de autoaprendizaje, superar la soledad y descubrirse como el gran budoka que había llegado a ser.

En aquellas dos décadas, el estudio y la evolución de su arte habían transcurrido de manera constante, sin dejar de ser por ello un proceso emocionante y sorprendente, pues gran parte del contenido técnico que configuraría la arquitectura de su futuro Budô se gestaría en aquellos años de soledad.

Yo no tenía dudas al respecto, aquel Sensei demostraba en el dôjô un conocimiento sin igual; su técnica contenía tanto los elementos ancestrales del viejo Bujutsu como las innovaciones más personales surgidas de una investigación rigurosa, mantenida y firme, sin tregua.

Así fue.

Lo que observé durante el primer mes de aprendizaje junto a él fue un despliegue de buen hacer y sabiduría como nunca había visto con anterioridad: una experiencia la mía que ya, en aquel entonces, no era menor, y, por tanto, difícil de ser sorprendida.

- *“¿No pretenderás seguir mis movimientos e imitar el Budô que enseño...?”*

- *¿No querrás defender mis propias ideas, sumarte a los principios en los que he basado mis estudios...?”*

- *¿Verdad...?”*.

-Me preguntó el Sensei a botepronto, después de un keiko.

Me cogió desprevenido.

Fui incapaz de estructurar una respuesta inmediata, unas palabras que contrarrestaran aquella cuestión tan atrevida y directa.

Transcurrido un tiempo en el dôjô, viviendo como un uchi deshi, le dije adiós. Y fue al regresar a ese proceso diario, que es mi propia existencia, que fui comprendiendo el alcance de la demanda de aquel extraordinario maestro, hasta que pretendí haberla resuelto, haciendo de mi conclusión un estandarte para el concepto de Budô que perseguía.

Sí. Defendí mi respuesta a capa y espada en momentos de duda –que no fueron pocos- y comencé a compartirla con otros que, como yo mismo, estaban inmersos en el estudio y la enseñanza de las Artes Marciales Clásicas.

Transcurrieron muchos años desde mi primer encuentro con aquel maestro y una vez más iba a tener la oportunidad de enfrentar otro interrogante intimidatorio, una nueva tesitura que no pretendía sino hacerme responsable de mi trabajo, pero, en aquella ocasión, demostrando con hechos el resultado de mi búsqueda.

Ocurrió pasados diez años. Una mañana de trabajo, en la que desglosábamos los viejos katas de nuestro Koryû (unas formas casi embalsamadas en siglos de historia cuyos orígenes se pierden más allá, incluso, del Sengoku japonés), después de un despliegue de conocimientos sin límites y una vez exprimidas todas las opciones que el espacio, la lógica y la inteligencia le permitían, el maestro me espetó:

- *“¿Cuándo vas a tomar parte activa en el Kuzushi, aportando sugerencias, razonamientos, los resultados de tus análisis...?”*

Existe un camino que podremos recorrer juntos pero más allá de ese estadio no podré acompañarte.

Tendrás que ser valiente, asumir el resultado de aquello en lo que crees y acometer, desde ahí, tu entendimiento de Budô.”

- Dijo impertérrito, antes de continuar sorprendiéndonos con cualquier nueva iniciativa.

Yo, que aún defendía la existencia de aspectos monolíticos dentro del corazón del Bujutsu, que creía que éste mantenía contenidos en los que no eran posibles las innovaciones y que éstas, de producirse, nunca serían admitidas como factibles, me enfrentaba una vez más a mis propios temores.

La etimología me había enseñado que aquello que había estudiado con ahínco estaba sometido a los cambios, sin dejar por ello de ser viejo y ancestral; que el trabajo con el kata debía fluir y manifestarse en otras formas, sin olvidar sus orígenes remotos; que las aplicaciones habrían de experimentarse en consonancia con la practicidad, alineándose siempre con la realidad; que se necesitaba de la lógica y de la razón para construir nuevas derivaciones, sin renunciar a la esencia más íntima de la Escuela.

El Sensei había situado los límites de mis ideas muy por encima de mis posibilidades –pensaba yo- no obstante, de inmediato, comencé a dar pasos en la dirección hacia la que me empujaba su pregunta, confiando plenamente en su juicio, pues consideraba que la madurez de mis ideas acerca del Budô dependería, en gran medida, de estas elecciones. Y hacia allí me dirigí confiado.

Existió una tercera gran inflexión en nuestra relación, que tuvo lugar en el transcurso de un largo viaje.

Marchábamos en compañía de uno de mis mejores amigos, profesor, también, de Bujutsu, un hombre con amplia experiencia tanto en el estudio y enseñanza de su Arte, como en la propia Obra de la vida.

En efecto. Mi amigo había pasado ya de los sesenta, estaba jubilado de aquella que había sido su ocupación profesional y dedicaba gran parte de su tiempo a viajar por el mundo siguiendo los pasos de nuestro común maestro.

Nos detuvimos a comer a mitad de la jornada y, de inmediato, abordamos al Sensei con una incógnita que ocupaba gran parte de nuestro pensamiento.

Hacíamos balance de nuestra relación con el maestro, que se extendía ya a más de veinte años ininterrumpidos en los que trabajamos, aprendimos e interpretamos el Budô siguiendo su estela saltando de uno a otro país.

El tiempo, inexorable, transcurría y muchos sentíamos que algún día tendríamos que decirnos adiós, para continuar solos nuestro proceso de aprendizaje.

Le preguntamos sin ambigüedades, deseosos de una respuesta tranquilizadora:

“¿Qué ocurrirá cuando usted no pueda, o no desee, desplazarse para enseñarnos?

¿Qué dirección habremos de tomar llegado ese momento que tanto tememos?”

El Sensei nos contestó:

“Os he enseñado para que seáis autosuficientes.

La dependencia es un mal del que tendréis que alejaros si deseáis alcanzar la Libertad.

En mi opinión, educar en esa Libertad, a la que aludo, ha de ser condición imperativa en la labor de todo maestro de Budo”.

Y después, tomándose unos momentos para ahondar en su reflexión, prosiguió:

“Sí.

Ocurrirá que tendréis que tomar decisiones; aprender a equivocaros para volver a recuperar la confianza; tomar conciencia de la oportunidad que es la soledad, comprenderla y, finalmente, construir junto a ella vuestro futuro.

Esa conquista personal nunca os abandonará y será el contrafuerte de vuestro estar en el Budô”.

Durante más de veinte años había sido consciente de que estudiaba con un maestro excepcional, pero ahora comenzaba a descubrir algo mucho más profundo, de mayor calado y envergadura: la certeza de haberme encontrado con un verdadero Sensei, humilde y sabio, libre y desprendido, coherente y profundamente valiente, pues de entre todos los maestros con los que tuve el privilegio de aprender fue él quien más creyó en la Libertad de sus alumnos, incluida mi propia Libertad.

Kenshinkan dôjô 2017